



“LA SIERRA DE CABRA, CENTRO GEOGRÁFICO DE ANDALUCÍA”

Conferencia leída en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Córdoba el día 31 de Marzo de 1925 por don Juan Carandell.



Voy a hablaros del paisaje de Andalucía. Y voy a hacerlo no en lírico exaltado, no en párrafos grandilocuentes que, aunque gratos al oído, repugnan al carácter de charla o comentario que quiero poner a las siluetas y vistas panorámicas que váis a ver dentro de unos instantes, sino situándome en el punto de vista que allende las fronteras adoptan todos aquellos que se dedican al cultivo de la ciencia geográfica; el hecho mismo de leer esta conferencia y no pronunciarla en plan de discurso, no dudo de que a algunos haya de defraudarles, que, al fin y al cabo, latinos somos y en lo más meridional de Europa estamos; pero leídas se dan hoy día bastantes conferencias y gracias a la pluma hemos podido escuchar las portentosas concepciones de los Cajal, de los Torres Quevedo, de tantos hombres cumbres que carecen del mágico don de la elocuencia... ¡si parva licet componere magnis!...

Hablemos del paisaje andaluz desde el corazón mismo de Andalucía, pero antes permitidme que pronuncie aquí un nombre, llevado por quien, nacido en esta tierra, descubrió a su generación las esencias del paisaje español, enseñó a artistas, a escritores, a educadores, a ver el paisaje, a conocer los secretos de nuestra propia lar, es decir, a conocernos a nosotros mismos: me refiero a don Francisco Giner de los Ríos. Giner, como Rousseau, quiso, y, por dicha, lo logró, que no siguiéramos hablando de los ríos y montañas de los países lejanos, haciendo con ellos listas de nombres excelentes para fatigar la memoria de grandes y chicos, ...mientras andábamos a ciegas, sin saber ni orientarnos siquiera, en cuanto salíamos de nuestra casa, de nuestra calle, de nuestro pueblo.

Y voy a entrar en materia, no sin decir a cuantos me dispensáis el honor de escucharme, que con Andalucía he contraído el amor de quien a

ella vino de lejanas tierras y a fuerza de contrastes de todo género ha aprendido a amar a ambas patrias chicas, y vive todas la vicisitudes de una y otra, llorando sus penas y asociándose a sus glorias, y el vínculo que supone el lanzar al mar ideal por do navega este gran pueblo hacia las playas de la plenitud, dos vástagos, dos naves que bogan con afán, impulsadas por la energía racial de Andalucía y de mi patria catalana.

Diez años hace que, inspirándome en los bellísimos diagramas que para explicar toda suerte de fenómenos fisiográficos ha trazado en sus trabajos maravillosos el insigne Profesor William Morris Davis, ideé uno, en forma de bloque en relieve, para ilustrar el folleto que con el título *Guadarrama* escribió el decano de los alpinistas españoles, y maestro mío, don Constancio Bernaldo de Quirós, y publicó la Junta para Ampliación de Estudios en la serie geológica de los Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. En dicho folleto está inserto también nuestro perfil y la nomenclatura del Guadarrama tal como se divisa desde Madrid.

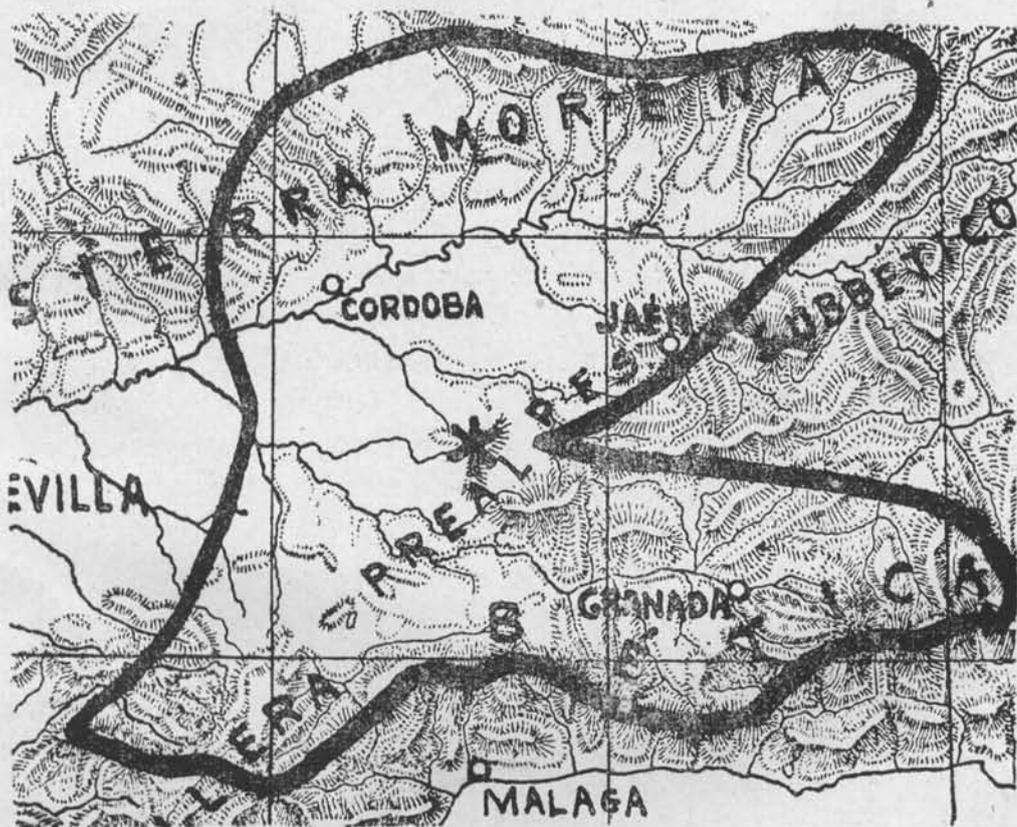
Posteriormente, recién llegado a Cabra, donde tengo mi destino docente, escalé la incomparable Sierra que lleva su nombre, y absorto ante las magnificencias de la Sierra Nevada, que conocí algunos años antes acompañando al Profesor Obermaier para publicar, con él, un trabajo acerca de la glaciación cuaternaria en el macizo granadino, repetí la excursión para pintar, desde el Picacho egabrense, la silueta del Mulhacén, del Veleto y tantos otros picos, a ruegos del bondadoso Comisario Regio de Turismo, Marqués de la Vega Inclán, que yo no podía desoir, ya que tanto me honraban. También la fortuna quiso que el folleto publicado por aquella Comisaría, titulado *Sierra Nevada*, esté escrito por el propio Bernaldo de Quirós, alma mater del Alpinismo madrileño, figurando en la portada aquella acuarela.

Pocos años hace, me honraron con su visita los señores Hernández Pacheco, el eminente geólogo, y Armenteras, ingeniero de Montes de gran reputación; con ellos hice una de tantas ascensiones a la cumbre de la Sierra de Cabra y es para recordarla aquí la admiración que en dichas personalidades científicas causó la amplitud del panorama que desde allí se divisa, a tal punto que uno de ellos, Pacheco, calificó al Picacho, como la atalaya que, culminando a 1223 metros de altura, constituye el centro geográfico de Andalucía; tan sintética es la visión que al turista, al geólogo y al geógrafo depara, toda vez que de una sola ojeada se dá el observador perfecta cuenta de los tres elementos del territorio andaluz: Sierra Morena, Valle y Sistema Bético.

Hace un año, nueva ocasión gratísima fuéme deparada con la visita que me hicieran los Ingenieros del Instituto Geológico señores Novo y Dupuy de Lome, toda vez que confirmaron el interés que la Sierra de Cabra encierra y la importancia que ha de tener dentro de poco más de

un año, cuando los sabios extranjeros que a España acudan para asistir al Congreso geológico internacional, visiten Andalucía para estudiar sus características geotectónicas, paleontológicas y estratigráficas: no en vano existe en Cabra uno de los yacimientos fosilíferos mesozóicos más interesantes de Europa. Aquellos amigos me animaron a que dibujase la vuelta de horizonte desde el Picacho, y hoy puedo decir que el honroso encargo está cumplido, habiendo dibujado y pintado las siluetas de todas las cortinas montañosas que desde allí la vista alcanza, constituyendo uno de los documentos que ilustrarán la guía geológica andaluza para el referido Congreso.

Dificultades técnicas me impiden proyectar en esta lectura diapositivas en color de aquel panorama. Únicamente podré ilustrarla con unos modestos apuntes reducidos, trazados a la vista del mismo.



Y explicados estos o modo de antecedentes, voy a entrar en materia.

Seguiré para ello el sentido de las agujas de un reloj, comenzando por el rumbo Norte, siguiendo hacia el E., etcétera, para cerrar otra vez por el Norte la explicación del panorama.

Cuadrante Nordeste.

Se inicia por unos cerros abruptos que interrumpen el indeciso relieve de las moles calcáreas jurásicas que tenemos en primer término.

Advertid cómo gracias a ellos, cual si una cortina se desgarrase, entre-
vemos un país totalmente distinto: en la máxima distancia, asoma la Me-
seta Ibérica, que se yergue por el escalón de la falla bética y se mira toda-
vía en el Valle del Guadalquivir, como no olvidándose de que Castilla
también llegaba hasta el mar en la Era Secundaria.

Norte

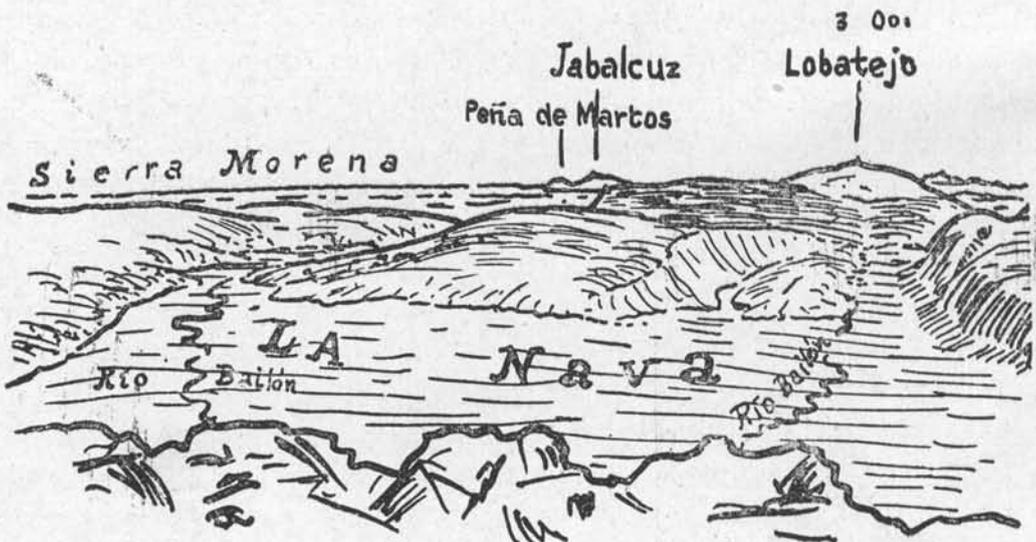


Más cerca, un mosaico de suaves ondulaciones en las cuales la luz no
se recorta para trocarse en sombras bruscas, sino que se desvanece en las
redondeces de tantas y tantas lomas arcillosas, dános idea del blando re-
lieve que caracteriza al país bajo bético: la Campiña Cordobesa.

Ya un esfuerzo de acomodación nos hace abandonar la perspectiva de
este extremo del panorama porque tropezamos con lo que está a poco
más de tiro de fusil. Desde aquellos cerros hasta el rumbo Este, o poco
más, hénos ante la propia grupa de la Sierra de Cabra.

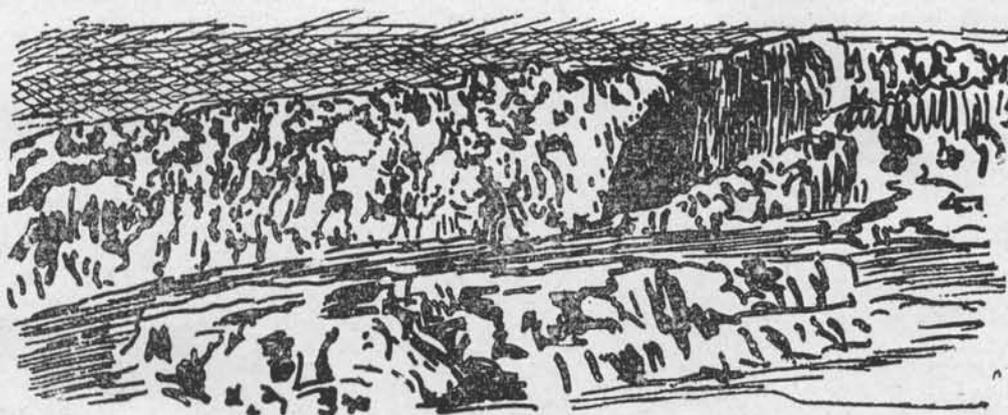
Ofrécesenos ésta en su plástica típica: relieve calcáreo, pesado, inflado,
con torpes siluetas, sin que ninguna destaque a guisa de crestas o de pi-
náculos enhiestos. Es el relieve característico del Jura Suizo-francés.

Este



Buscando algún punto culminante topamos con uno acerca de cuya altitud nuestra agudeza visual titubea: es el Pico de Lobatejo, vértice geodésico que alcanza 1360 metros de altura sobre el mar.

Pero lo que más llama nuestra atención es la graciosa hondonada que misteriosamente parecen querer ocultar todas las vertientes del macizo de la Sierra de Cabra. He ahí *La Nava*, nombre bien toponímico por cierto, con que el vulgo ha bautizado a esta dolina, a esta forma de topografía cárstica, a este mundo aparte enclavado en el corazón de la montaña, cerrado por todos los azimutes, ya que no constituyen fáciles vías de acceso las cañadas angostas ni mucho menos la hendidura labrada por el riachuelo juguetón que por el fondo de aquélla discurre con calma impropia de todo relieve montañoso.



Tal riachuelo tuerce hacia la derecha y parece ocultarse; pronto adoptará otro gesto, pues se metamorfoseará en un salvaje torrente al caer a la depresión bética, junto al histórico pueblo de Zuheros, donde lo llaman río Bailón.

Otro aspecto geológico-geográfico: tal es el tránsito brusco de las superficies calvas, teatro de lo que los franceses llaman *Lapiez*, en su más saturada expresión, a ese fondo plano, arcilloso, al cual las fermentaciones húmicas de bosques seculares, tan densos antes como raquíticos van quedando los rodales de encinas y quejidos que ¡todavía! subsisten, prestan al carácter y el matiz de tierras negras, con el concurso de las condiciones climatológicas que emanar de esa depresión elevada a 1000 metros de altura.

Ese Lobatejo, con su redondeado perfil; esas lomas en casquetes esféricos que tenemos en frente, y esta silla de montar sobre cuya parte más elevada—el Picacho—nos suponemos situados, he aquí otros tantos residuos de un domo anticlinal. La depresión, ahí en lo bajo, es lo que los franceses llaman una «combe», y nosotros, castizamente, una *Nava*, y constituye un patente caso de decapitación del anticlinal por epigénesis.

Antes de proseguir virando la vista hacia el Este, paremos mientes un

instante en unos agudos picos que asoman precisamente por donde el riachuelo Bailón desaparece: son la Sierra de Jabalcuz y la Peña de Martos, célebre por el episodio de los hermanos Carvajales, que, acusados primero, presos luego en Medina del Campo y sentenciados a que les cortasen pies y manos, les sacasen los ojos y los tirasen por la Peña de Martos, hicieron al rey Fernando el célebre emplazamiento que tuvo efectividad con la exactitud de que el romance nos habla:

No eran cumplidos los treinta
cuando el rey era finado.
Roguemos todos a Dios
porque El quiera perdonallo.

No os habrá pasado inadvertida la silueta rectilínea del glacis de la Meseta Ibérica, de que antes nos ocupamos, y que reaparece por ese lado Nordeste, tan pronto como las próximas lomas de *Camarena* se deprimen un poco.

Y permitidme ahora alguna evocación, divagando por los campos de la Literatura. Como no podemos dar un paso sin tropezar con el recuerdo de Don Quijote, evoquemos al Caballero de la Trisle Figura que, a imitación de Amadís de Gaula en la Peña Pobre, cumplió en Sierra Morena la célebre penitencia de las no menos pintorescas piruetas sobre las rocas más puntiagudas, y donde Sancho Panza, el hombre positivo, la razón vulgar junto a la noble locura, encontró el equipaje de Cardenio, tan bien provisto de ducados y camisas finas.

Evoquemos asimismo aquella venta de Darazután en la propia Sierra Morena, citada por Vélez de Guevara en el Diablo Cojuelo, donde tiene lugar la disputa entre Cleofás y el Diablo con el francés, el italiano y el inglés, que acabó lanzando el ventero al inglés a una caldera con agua hirviendo en Adamuz, y finaliza con este episodio el tranco V.

¡Qué distancia entre el juicio de Azorín y el de aquel Quijote de carne y hueso que se llamó Jorge Borrow, *D. Jorgito el inglés*, que animado del castizo *humour* de la raza anglo-sajona recorrió España vendiendo Biblias allá por los años 1835 a 1840!

De Córdoba dice Borrow que es «*ciudad pobre, sucia y triste, llena de angostas callejuelas*». Menos mal si añade que «*la catedral es acaso el templo más extraordinario del mundo*».

Borrow no supo *ver* Córdoba, no sintió el encanto de esas angostas callejuelas. Su mentalidad nórdica acaso no estuviera preparada para adivinar en cada recodo de las vías cordobesas las palpitaciones del Islam misterioso y sensual.

Tal vez estuviera D. Jorgito bastante amoscado por el mal talante con que le recibieron el ventero y su mujer, en las afueras de La Carlota, el día antes de llegar a Córdoba, procedente de Sevilla; matrimonio de raí-

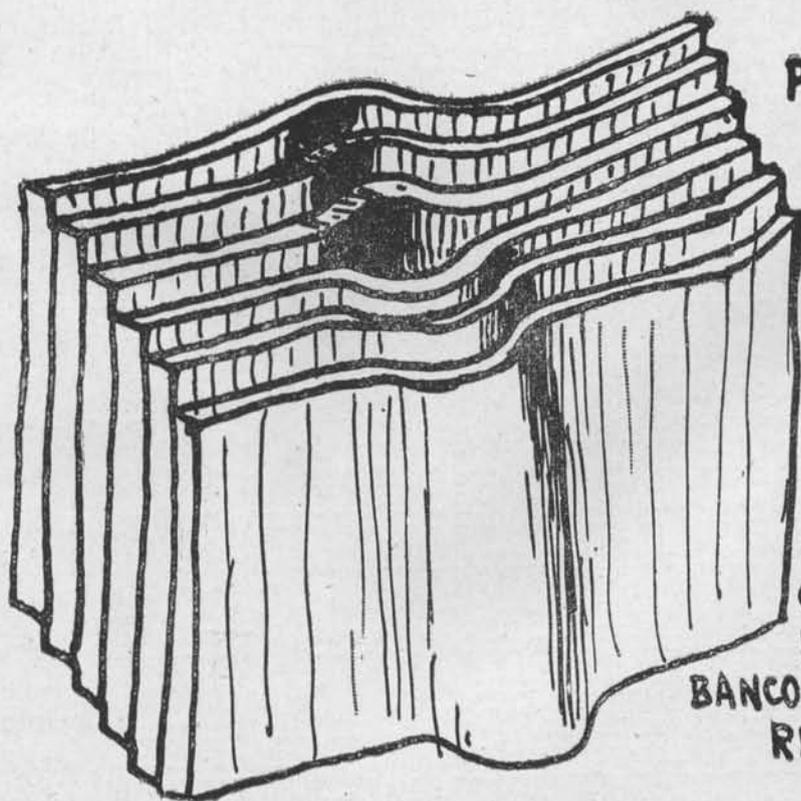
ces germánicas, que muy bien podía apellidarse Watt, Dugo, Hens, Bailly, etc., como se llaman hoy día muchos de los habitantes de La Carlota, dando una nota de exotismo en la tierra de los Fernández, Jiménez, González, Gutiérrez, Garcías y Sánchez.

La Córdoba que queremos es esa de Azorín, pero para nosotros necesita de una definición más amplia; definición que no puede salir de las puntas de ninguna pluma; definición que plasman las cadencias que Albéniz arrancara al piano y las pinceladas con que Julio Romero de Torres, al poner fondo escénico a la gentil figura femenina—leit motiv de sus creaciones—, extrae las esencias del paisaje andaluz, condensadas en el leit motiv del ambiente cordobés: la Sierra, con su castillo de Almodóvar, en el cuadro «El Pecado», y el río Guadalquivir.

Romero de Torres, Albéniz y Azorín: he aquí la constelación genial que ha sabido valorar el alma morisca que late en la ciudad milenaria.

Al filo del Noroeste está Córdoba, con las Ermitas en el borde de su sierra, cuna la primera de tantos filósofos y poetas, y motivo las segundas de inspiradas estrofas. «Córdoba es D. Juan Valera», dice Azorín. «Córdoba es un patizuelo empedrado de menudos guijos, una pared encalada de blanco, con un zócalo azul, y olor en el aire de olivo quemado». «Un ciprés en medio del patio». «Desde la azotea veríamos la lejana serranía hosca».

Muy cerca de nuestro punto de vista está la célebre Sima de Cabra,



**PROBABLE
ORIGEN
DE LA
SIMA
DE
CABRA
POR
DESFLU
CAMIENTO
DE LOS,
BANCOS CALCA-
REOS.**

abismo vertical de un centenar de metros de profundidad, y al cual alude Cervantes en el Quijote con estas palabras:

«Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la Sima de Cabra (¡peligro inaudito y temeroso!) y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra...»

El insigne D. Juan Valera localiza en estas montañas no pocos episodios de Pepita Jiménez, su obra maestra, así como la triste odisea de D. Paco, el viejo Secretario del Ayuntamiento, a quien la figura pizpireta de Juanita la Larga hizo retoñar en la nieve del corazón las ascuas de la pasión amorosa; y las andanzas del Doctor Faustino, el de los destinos trágicos.

Del autor de Juanita la Larga son estos párrafos: «los gorriones, los jilgueros, las golondrinas, y otras cien especies de pintados y alegres pajarillos salen a la Campiña con el alba, a coger semillas, cigarrones y otros bichos con que alimentarse; pero todos anidan en el término de Villalegre (Cabra), y vuelven a él, después de sus excursiones, para guarecerse en sus sotos y umbrías, para beber en sus cristalinos arroyos y acequias, y para regocijar aquel oasis con sus chirridos, trinos y gorjeos».

Las ilusiones del Doctor Faustino: capítulo XVI, El paraíso terrenal: cuando el Doctor, caballero en su jaca, y Respetilla, su criado, en su mulo, emprenden con el Escribano, y sus hijas, apodadas Las Civiles, la gira campestre por la Sierra.

Así describe Valera el paisaje:

«Por medio de viñas y olivares fueron subiendo la falda de uno de los cerros que tanto limitan el horizonte bermejino (Doña Mencía). A la media legua no se veía a un lado y otro ni planta ni hierba alguna, sino piedras enormes. El cerro, casi como cortado a tajo, era una masa de áridos peñascos sin capa vegetal...

El horizonte iba extendiéndose a medida que subían. Al rayar en lo más alto se descubrían desde allí provincias enteras, iluminadas por un sol refulgente, y claras y distintas, merced a la transparencia del aire, limpio de nieblas y nubes. Se veían en lontananza Sierra Morena, al Norte; hacia el Oriente, el picacho de Veleta, cubierto de nieve, y la Serranía de Ronda hacia el Mediodía. Dentro de estos límites, poblaciones blancas y alegres, caseríos, huertas, viñedos, ríos y arroyos, bosques de olivos y encinas, santuarios célebres en las cimas de varios cerros, y muchísimos sembrados, que verdeaban entonces con todo el esplendor de la primavera».

A las protestas del doctor, con que replicaba a Rosita, entusiasmada con tan magnífico paisaje, añade ésta:

«Cállate, lisonjero y mentiroso. ¿Ves todos esos campos? ¿Ves todas esas tierras que desde aquí se divisan? Pues en verdad que nada de por sí vale tanto como la Nava... El verdadero Paraíso terrenal está en La

Así la describe después Valera:

«Aquellos peñascos áridos y desnudos se diría que forman como un enorme vaso lleno de la tierra más fértil. La Nava es una meseta que tendrá por la parte más ancha dos leguas de extensión... En las laderas que se inclinan hacia la Nava hay viñas, almendros, acebuches y encinas; en la misma Nava, prados cubiertos de hierbas y mil flores silvestres». En las orillas de los arroyos «se han formado sotos frondosos, donde resplandecen los alisos, los álamos blancos y negros, los fresnos y los mimbrones. Cuando un arroyo hace remanso, crecen los juncos, las espadañas y la juncia; y por todas las orillas embalsaman el ambiente los mastranzos, el toronjil y la mejorana».

He aquí las flores que cita Valera: «cual rico esmalte o cual bordado primoroso: las nigelas azules, los lirios morados, la salvia purpúrea, la amarilla gualda y las blancas margaritas». «Las marimofías y las mosquetas...; las adelfas arbóreas... el romero... el tomillo». «Las violetas».

Y he aquí las aves: «pitirosos, vegetas, oropéndolas, verderones, gorriónes y jilgueros...» Los ruiseñores, que en la noche «cantaban en la espesura», dice Don Juan.

Sigamos contemplando.

A mano derecha del pico de Lobatejo la vista recobra sus vuelos y no se detiene sino hasta su buen golpe de 150 kilómetros, pues mucho más allá de Alcalá la Real, provincia de Jaén, con su gran fortaleza medioeval, distinguimos la silueta de la Sierra de Harana o de Iznalloz, situada al Norte de Granada, tras de la cual asoma el diente enhiesto de la Sierra de Baza, en los confines entre las provincias de Granada y Almería.

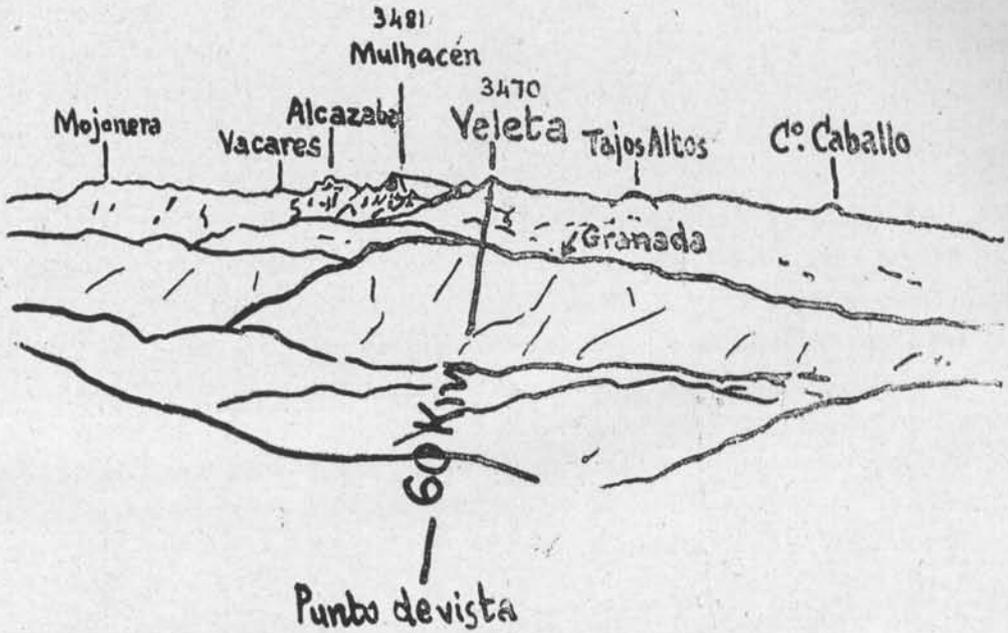
Pero desde el momento en que hubimos de hollar este incomparable mirador de Andalucía, algo hay cuya sugestión oscurece esotras solicitudes a la atención de nuestro ánimo:

Ved la Sierra Nevada, pomposa y magnífica. No hay en toda la región bética punto de vista desde el cual poderse formar una idea de conjunto más exacta de la más elevada y majestuosa de todas las montañas españolas, con sus

Bosques poblados de fieras;
valles ásperos y hondos;
ventisqueros, torrenteras;
precipicios, cuyos fondos
no ven los ojos humanos;
pueblos que parecen nidos
de vencejos y milanos
en las rocas suspendidos,
y picachos eminentes
tocados de nieve y hielo,
que con sus altivas frentes
rasgan el azul del cielo!

(Francisco Villavespa, *Aben Humeya*, acto segundo, escena primera)





Descripción exacta; mas hoy, ¡oh dolor!, es preciso sustituir el primer verso por estos de Antonio Machado:

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

¿Que indica su silueta al describir el arco que desde un zócalo de 600 metros sobre el mar—las terrazas de Guadix y de Granada—abarca una cuerda de 80 kilómetros y culmina hasta los 3.481 metros en el Muley Hacén, el pico que recuerda el penúltimo de los reyes moros? ¿Que nos dice ese trazo continuo, seguro de sí mismo, sin fracasos de línea, sin cortaduras aparentes, sin soluciones de continuidad?



La Sierra Nevada, núcleo del Sistema Bético, de los Alpes andaluces, está constituida por pizarras cristalinas, es decir, metamorfoseadas bajo las presiones orogénicas repetidas por dos veces: al final de la era paleozóica y a mediados de la era terciaria; la Sierra Nevada es un formidable domo anticlinal, cuyas proporciones quizá podamos calificarlas de fabulosas, pues acaso no tenga par en el planeta; en su superficie, la glaciación cuaternaria, no habría hecho apenas más que abrir ligeras heridas, cual levísimos rasguños producidos por una lanceta en la epidermis.

Desde el Veleta, que escalamos este verano en compañía de don Enrique Dupuy de Lome, hemos trazado otra vuelta de horizonte, que estamos ultimando con destino al Congreso geológico internacional del año 26, y cuyo radio de visualidad alcanza la enorme cifra de más de 200 kilómetros.

He aquí la leyenda que Quirós recoge referente a la Sierra Nevada:

Muley Hacén, el ilustre soberano vencido por su propio hijo Boabdil, y Zoraya, su fiel cautiva cristiana, son los héroes de una gran tragedia.

Zoraya, compadecida de la misantropía de su señor, decíale a Muley Hacén: ¿Miras a Xolair (Sierra Nevada)? ¿Sigues con la mirada, como si quisieras acariciarle, su noble contorno? Yo te permitiría esta infidelidad, primera y última de tu amor que me ha hecho dichosa.

Muley Hacén concibió el deseo de hacer de Xolair, la Sierra Nevada, el lugar de reposo eterno en la muerte, no por vana megalomanía, por rebasar en grandeza y excelsitud a todos los soberanos constructores de túmulos gigantescos, mas para hallarse alejado hasta lo imposible de los hombres y elevado al cielo infinito sobre la montaña poderosa y entre los meteoros deslumbradores.

PANORAMA DESDE EL VELETA W

SIERRA NEVADA
LAGUNA DE LAS YEGUAS



—Llévame a lo más alto de Xolair-- dice Muley Hacén a la fiel Zoraya en la hora del supremo desgarramiento,— donde no pueda sentir la per-

versa planta de los hombres, donde me deshaga en el olvido mientras tú me lloras. ¡Quién sabe, señores, quién sabe si el alma de A. Ganivet querría que sus cenizas, que Granada acaba de recibir, reposasen también en lo más augusto del suelo español, el Mulhacén!

A la puesta de sol, la Sierra Nevada adquiere matices incomparables. Dejemos la palabra a Gautier, que en su Viaje por España dice así:

«Todas las escarpas, todas las cimas, heridas de la luz, se tornan color de rosa, pero de un rosa deslumbrador, ideal, fabuloso, nevado de plata, con reflejos de iris y de ópalo, que haría aparecer fangosos los tonos más frescos de la paleta: tonos de nácar, transparencias de rubí, venas de ágata y de venturina, capaces de desafiar a todas las joyas mágicas de «Las Mil y una Noches».

Los vallecillos, las quebraduras, las fragosidades, todos los rincones a donde no llegan los rayos del sol, poniente, son de un azul que puede luchar con el del cielo y con el del mar, el del lapislázuli y el del zafiro. Este contraste de tono entre la luz y la sombra es de un efecto maravilloso; parece como si la montaña se hubiera cubierto de un inmenso hábito de seda tornasolada, bordado y constelado de plata; poco a poco los colores vivos se esfuman y se funden en medias tintas violeta; la sombra invade las formas inferiores; la luz se retira hacia las cimas más altas, y cuando ya la llanura lleva mucho tiempo sumida en plena oscuridad, aún la diadema de plata de la Sierra Nevada brilla en la serenidad del cielo, bajo el beso de despedida del sol. En menos palabras dijo esto mismo el ingenio peregrino de Castelar: «Cristal veneciano que toma tantos reflejos y tiene tantos resplandores».

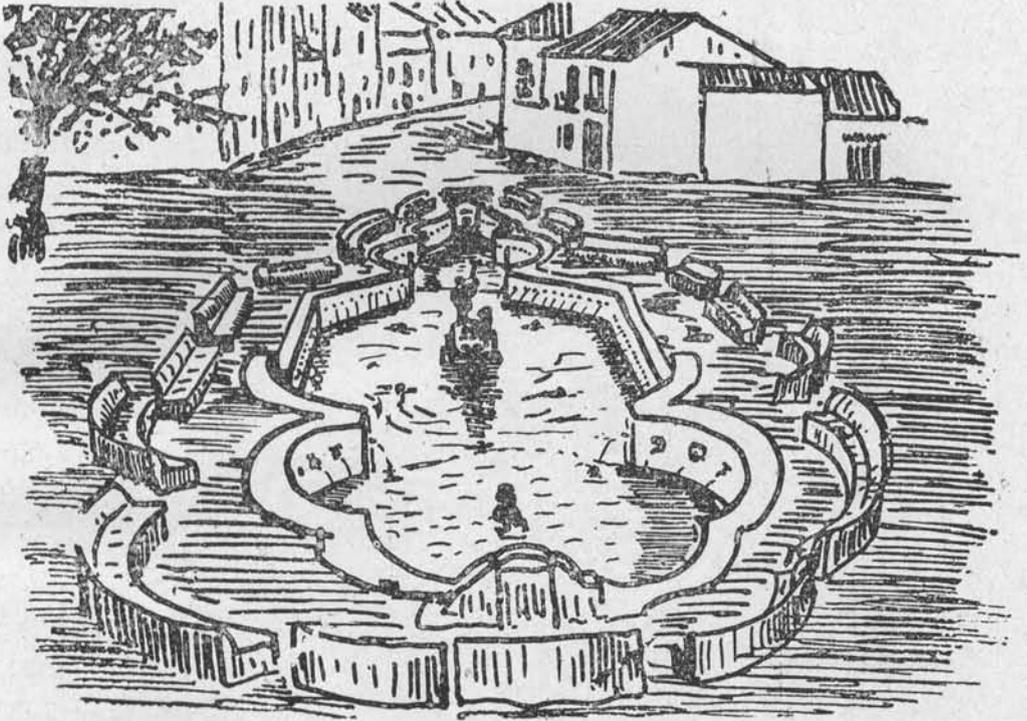
—Cúmplenos dedicar un recuerdo a los insignes botánicos Rojas Clemente y Willkomm, y otro al nunca bastante ensalzado general Ibáñez, que desde el Mulhacén realizó la magna empresa de enlazar las redes geodésicas europea y africana.

Entre la mole granadina y nosotros ocupan el espacio de 60 kilómetros la Vega de Granada, al pie de aquélla, y todo el espesor de los Prealpes Subbéticos a que la Sierra de Cabra pertenece, y que hubo de cruzar, peregrino enamorado de España, Mauricio Barrés, nuestro Azorín de allende el Pirineo.

Varias cortinas montañosas, a modo de oleadas, ofrécese a nuestra contemplación; desde lo lejos hacia acá están las Sierras de Tózar, Montefrío Parapanda, etcétera. Valles rientes, y fertilísimas hondonadas triásicas cuajadas de fuentes valclusianas, se albergan entre sus pliegues; la más importante de todas es la Vega de Priego y Carcabuey, al pie mismo del Lobatejo.

Estas dos poblaciones, con Alcalá la Real, ya nombrada, son hitos que tuvieron importancia estratégica durante las luchas de la Reconquista, y
BRAC, 14 (1925) 351-374

marcan el camino más corto entre Granada, el vergel encantado de los Reyes moros, y Córdoba, la Meca de Occidente.



LA FUENTE DEL REY, DE PRIEGO

Aquellas localidades viven hoy con esplendor de sus huertas o de sus importantísimas fábricas de tejidos, que dan a Priego la fama de ser la pequeña Barcelona de Andalucía.

Rebasado el Este y fijando la vista hacia el Sureste, hémos ante una cortina montañosa testigo de presiones formidables, en violento contraste con



la serena morfología de esta Sierra de Cabra. Ved esas cresterías que pugnan por estirarse hacia el cenit, como atreviéndose a hermanarse con los Alpes, sus congéneres de edad. Es la Sierra de la *Tiñosa* o de *Priego*, delante de la cual se interpone otra, más baja, que es la Sierra de los Pollos o de Jaula.

Estas sierras que divisamos, tan bravías, lo mismo que la de Cabra, son esponjas gigantes que, a cambio de la inhóspita aspereza de su trabazón calcárea, producen el contradictorio paisaje que en sus faldas encontramos: las innumerables fuentes valclusianas que, asegurando a la Agricultura el más preciado de los tesoros, reducen a entelequia el espectro de la propiedad concentrada y acercan al hombre las ilusiones de la paz social y de la redención por el trabajo.



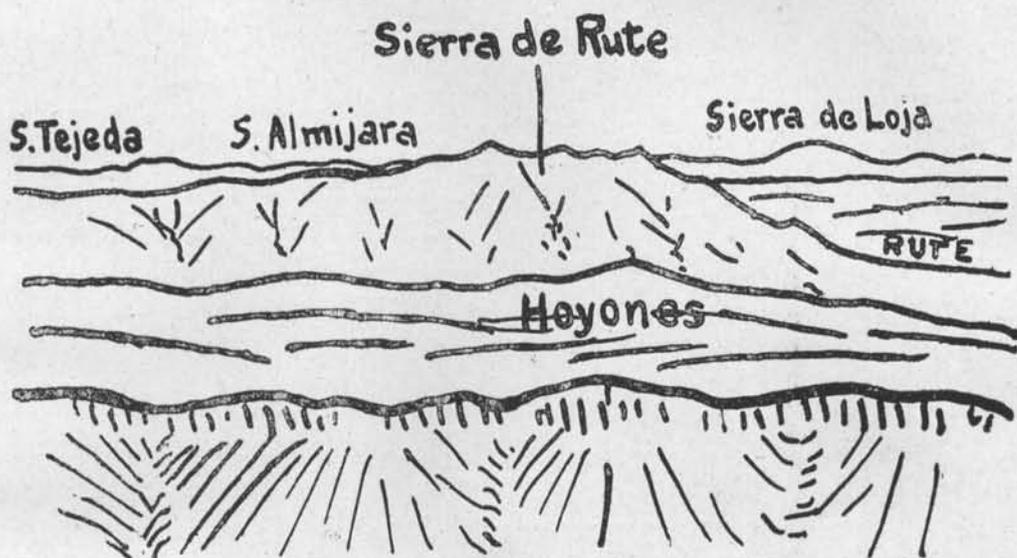
Ingratas lomas, a trechos cubiertas de encinares, nos separan de la Sierra de Priego. Al pie de los escarpes más inmediatos se desarrolla la blanca cinta de la carretera de Córdoba a Granada, atravesando el famoso yacimiento de Ammonites de Los Lanchares.

Continuemos nuestra observación, virando hacia el Sur.

A lo lejos, en cuanto la Sierra de Priego se abate, asoman montañas de recortado perfil, traduciendo su contextura calcárea. Son las Sierras de *Teja* y *Almijara*, las cuales continúan los cordales que, ocultos a nosotros por aquella sierra de Priego, se apoyan sobre los contrafuertes occidentales de la Sierra Nevada.

Pero mucho más cerca, ved la contradictoria prolongación que hacia el Suroeste tiene la dinámica Sierra de Priego en la más pacífica Sierra de *Rute*, al pie de cuyo extremo meridional, bruscamente derruido por dislo-

SUR



caciones que ávidamente aprovechan las aguas salvajes afluentes del río Genil, trepa el caserío de la ciudad de *Rute*.

Desde los flancos anteriores de esa Sierra de Rute hacia acá se desarrolla un complicado paisaje, revoltijo inconexo de retazos calcáreos, hondonadas triásicas, tierras terciarias, etcétera, surcado por barrancos y hoces que nutren al río de Anzur, tributario del Genil.

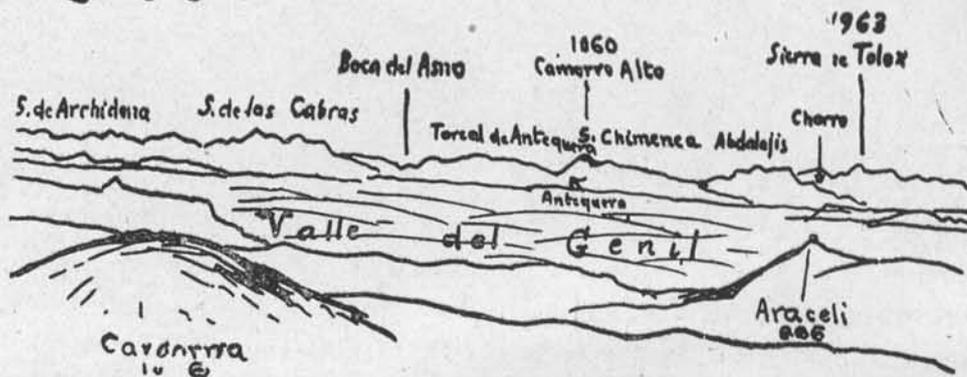
Más acá todavía ya estamos en las antes nombradas lomas del Palojo, en cuya superficie topográfica plana, como respondiendo a los poco perturbados bancos calcáreos, la erosión química ha labrado un sin fin de torcas, las cuales presentan todas las gradaciones de su evolución: las más antiguas aparecen rellenadas de detritus, con fondo plano, constituyendo praderas húmedas que contrastan con la aspereza de la roca desnuda que las envuelve; las más jóvenes, conocidas por *Los Hoyones*, aparecen rodeadas de abismos, constituyendo sendos embudos de un centenar de metros de diámetro por unos 50 de profundidad, en cuyo fondo cónico se acumulan en inmenso caos los bloques desprendidos de los acantilados que amagan aquellas depresiones.

Rebasada la Sierra de Rute, desátanse los anhelos de recoger en nuestra retina las siluetas y los matices que en las alas ingravidas de la transparencia de un buen día andaluz nos envían lejisimas montañas.

En último término reaparece el murallón Bético, la espina dorsal de Andalucía, el dique que contiene al anchuroso valle del Guadalquivir y lo aísla de la costa mediterránea, paralela a él.

Surgen en la mente estas preguntas: ¿hacia dónde cae Málaga, Cádiz, Gibraltar, Sevilla, etcétera? Por el momento, Málaga está detrás de la Sierra del *Torcal de Antequera*.

Sistema Penibético



Cuanto a la plástica general del dilatado arco montañoso cuya convexidad se desarrolla ante nuestra contemplación, échase de ver cierto nerviosismo, una inquietud de línea que contrasta con la curva tenaz y amplísima que advertimos como rasgo característico de la Sierra Nevada, o con la recta del glacis marriánico, de la Sierra Morena.



En el sistema Bético, no bien las montañas adquieren cierta elevación surge, bruscamente, el tajo abrupto, la hendidura implacable por cuyo fondo discurren aguas turbulentas, nacidas al pie de las desnudas laderas. Ni qué decir tiene, pues, que la roca que informa las alineaciones béticas es la caliza, salvo excepciones.

Excepciones que son éstas: la Sierra Blanca, en la provincia de Málaga, que asoma entre la de Abdalajis y la de Tolox, ya junto al mar, entre cuyos repliegues se hallan Coín, Ojén y Marbella. Rocas metamórficas y pizarras silúricas constituyen su masa, en inmediato contacto con el macizo serpentínico de la Sierra Bermeja.

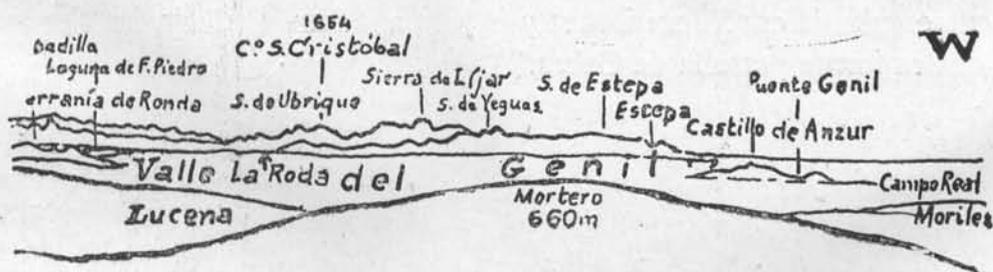
Estos ásperos cordales son teatro de no pocos episodios de *El remedio en la desdicha*, la comedia de Lope de Vega, en la que abundan citas como éstas:

De Cartama iba a Coín,
Breve jornada aunque alargue
Siempre la tierra el deseo
Poniendo montes y mares.
En Cartama me he criado
Nací en Granada primero
Y de Alora soy frontero
Y en Coín enamorado.

Drenajes torrenciales arrasan poco a poco las vertientes mediterráneas de los Alpes andaluces, siendo a su vez causa de interesantes desviaciones fluviales que en el tecnicismo geográfico se conocen con el nombre de capturas y Málaga sabe bien, por harta desgracia, de las inundaciones que la rambla del Guadalmedina provoca con sus desbordamientos súbitos, a causa de la desnudez de las montañas de su cuenca de alimentación.

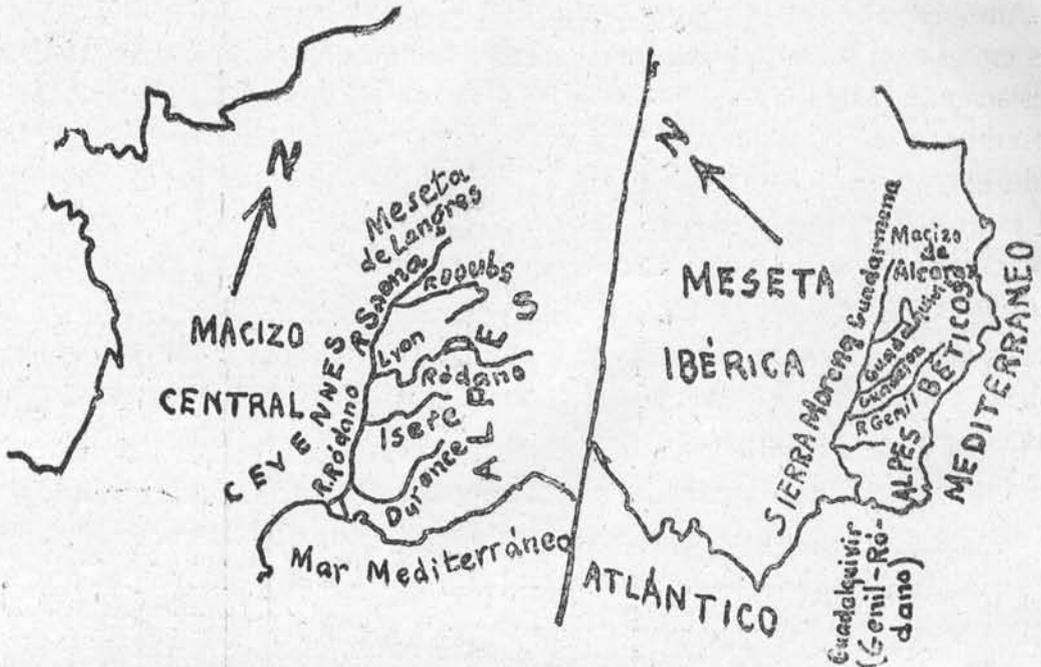
En una de las proyecciones que siguen, otro río, el Guadiaro, que se forma en la Serranía de Ronda, lleva en sí la energía mecánica que los alternadores transforman en el rayo vivificador de las provincias de Sevilla y Cádiz.

El río Guadalhorce, que se forma en las proximidades de Archidona y pasa junto a la Peña de los Enamorados, divaga perezosamente por el páramo de Antequera y Bobadilla, transformándolo en risueño vergel, y cae estrepitosamente por la garganta del Chorro a la vertiente mediterránea, no sin antes quedar sus aguas domeñadas y aprovechadas por la Hidroeléctrica de este nombre.

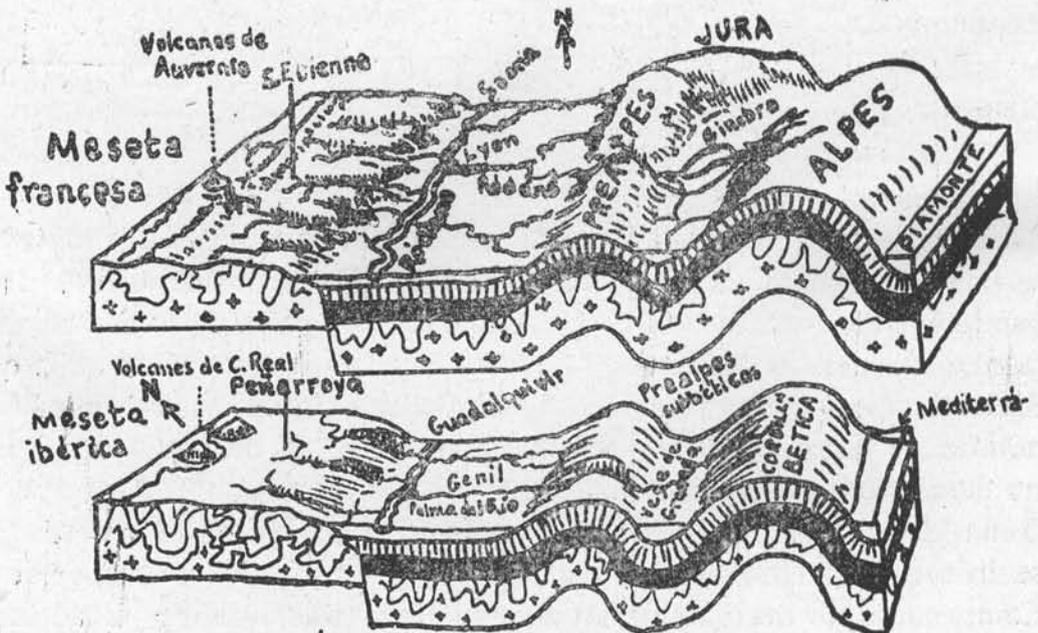


Toda la extensión ondulada que a nuestros pies se desarrolla hasta las faldas de las lejanas Sierras béticas, constituye la cuenca del Genil, el río que reuniendo los caudales de los barrancos de la Sierra Nevada alimentados a expensas de las nieves y de los tranquilos lagos azules de la que en los tiempos cuartenarios fué región alpina, es decir, zona de alimentación de los ya extinguidos glaciares, corre entre la cadena Bética y este cortejo de Sierras Subbéticas en que nos hallamos.

Río, el Genil, que nosotros, volviendo por los fueros de la verdad, si posible fuese, reputaríamos, con Edrisi y los geógrafos árabes, como el río que pasa por Sevilla y desemboca en el Atlántico. El río Guadalquivir, que carece del prestigio alpino que por la altitud de sus orígenes po-



see el Genil, terminaría en Palma del Río, a semejanza del Saona, que corriendo junto al escalón oriental del macizo central francés, es decir, los Cevenas—o sea, la Sierra Morena francesa, bajo cualesquiera aspectos que a los Cevenas consideremos—, termina en Lyon, llamándose Ródano y no Saona el río que desde Lyon prolonga hasta el Mediterráneo al río que nace en los Alpes, forma el Lago Lemán—homogéneo a la Vega de Granada—y corre entre los Alpes y el Jura, como nuestro Genil discurre entre la cordillera Bética y el Jura andaluz, es decir, las sierras de las cuales forma parte la de Cabra.



COMPARACIÓN ENTRE LAS CUENCAS DEL RÓDANO Y DEL GUADALQUIVIR

Antiguas planicies, fondos submarinos levantados, ensenadas de las cuales emigraron las aguas del Canal marino bético que en la Era secundaria destacaba el Atlántico por lo que hoy es litoral de Cádiz y Huelva, para desembocar en el primitivo Mediterráneo por la actual costa alicantina; todo ello sometido ahora a las vicisitudes de un nuevo ciclo de erosión: tal es el blando paisaje que tenemos ante la vista, salpicado aquí y allá por crestas de estratos más resistentes, dentelladas si la cal es abundante, redondeadas si la arcilla los reblandece ante la denudación.

Lagunas de Fuente Piedra y de Zóñar; depresiones con manantiales salobres y sulfhídricos, manchones triásicos yesíferos, manifestaciones ofíticas en gran difusión: he ahí otros tantos testigos de un pasado remoto, de facies marina en desecación progresiva.



El elemento cromático del paisaje está integrado por dos tonalidades: el azulado de las lejanas alineaciones y el verde oscuro y plateado de los olivares en densa formación.

Espinel, Vida de Marcos de Obregón; dice:

Entre Lucena y Benamejí cenó nuestro héroe «un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno cuanto el estómago tiene de hambre y necesidad.

Fuera de que el aceite de aquella tierra y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa.

Ciudades visibles en este sector Sudoeste son *Rute*, famosa por sus aguardientes, y *Lucena*, célebre por sus industrias típicas de velones y tinajas, y por su rancia estirpe árabe, de raigambre académica. Su caserío se extiende al pie de la serrezuela en que culmina el pico de Araceli, ocupando el centro de la región denominada *Campo de Ara*. Muy lejos, *Antequera*, al pié de las Sierras del Torcal y de la Chimenea. Hacia el Sudoeste blanquea el caserío de *Estepa*, en medio de la Sierra de su nombre. A distancia remota, pero en esa misma dirección, aparece la Sierra de *Ubrique* y la Sierra de *Lijar*; la primera de estas sierras, y también la más distante, destaca el elevado Cerro de *San Cristóbal*, desde donde se divisan el Estrecho de Gibraltar, las montañas de Yebala y la bahía de Cádiz, enclavada en la dirección de la propia Sierra de Ubrique.

Más acá de Estepa está la próspera urbe agrícola e industrial de Puente

Genil, importante centro de vías férreas, oculto a nuestra vista por la pequeña Sierra de Anzur, en el Campo Real, retiro del poeta Manuel Reina.

Hémos ahora, finalmente, cara a cara con la amplísima y jocunda depresión bética, cerrada hacia el Noroeste y el Norte por el escalón de la Meseta ibérica, la rotura cortical cuyas cicatrices son los filones metalíferos riquísimos que, desde el estaño legendario de las Casitérides de los periplos griegos y desde el cobre de Huelva, en el extremo atlántico y en la porción media de la gran falla, se metamorfosean en yacimientos plumbíferos y argentíferos a medida que la Sierra Morena hácese más y más ibérica, en la Carolina, en Bailén, en Linares, en Despeñaperros.



Si desde el glacis mariánico pasásemos hacia el Norte, avanzando en plena penillanura de granitos y pizarras paleozóicas, entre los arrasados pliegues hercinianos descubriríamos no tan solo más filones cupríferos y plumbíferos, sino la importantísima cuenca huyera de Peñarroya, el Saint Etienne del macizo central hispano, con sus poblaciones en rápido crecimiento a lo largo de la faja carbonífera, con sus fábricas de productos derivados de la hulla, de sulfatos y superfosfatos, de papel y tejidos, manifestaciones múltiples de la técnica industrial que alejan de la mente esta descripción que Mariano José de Larra, insertó en la «Revista Española» de aquellos románticos tiempos en que discurría el año 1835: «una dehesa inmensa empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y hierbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas (encinar—que pones tu nota arisca— como un castellano ceño— en Córdoba la morisca, dice Machado) y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves... todo esto junto, revuelto y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando; una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio... Un mal sombrerillo gacho amarillento... una zamarra de piel; calzón de paño burdo; polaina o botín de cuero, sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado, un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna con cordeles...»

Plácenos transcribir este párrafo de Larra, pues no es frecuente hallar en los clásicos castellanos, productores de una literatura de primer orden consagrada exclusivamente al hombre, la menor mirada lanzada a los paisajes.

Enfoquemos, finalmente, la vista sobre la misma gran campiña bética, mancha verde, ondulada como el mar que en remotos tiempos la ocupara, con todas las tonalidades de la clorofila, desde el verde amarillento de los campos de cebada, pasando por el esmeralda de los trigales y por el verde oscuro de los garbanzales, hasta el serpentínico y argentado de los olivos,

Salas Barbadillo, en la Peregrinación sabia, así entona el himno al olivo:

«privilegiado del cielo y venerado de la tierra; su eterno verdor promete siempre esperanza, anima los espíritus y alienta los corazones; él es insignia de la paz y un instrumento por quien se pide y por quien se confirma. No solo es hijo de la sabiduría, sino fuente caudalosa de erudición y doctrina, porque con la luz que dá su nobilísimo fruto estudian y aprenden los que consiguen eminencias en las letras más sublimes, en los estudios más altos; siendo esto así, ella es la luz de las luces de la República. Volved los ojos a miralle y hallaréis en él: contra la tristeza, alegre y festivo verdor, tan constante como alegre; contra la necesidad, regalo y sustento; contra las tinieblas ciegas de la ignorancia, lucidísimos y valientes resplandores.

Oigamos, aún, el canto divino de Antonio Machado a «Los olivos»:

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!

Pero el Guadalquivir, ¿dónde está? No lo vemos: y no lo vemos porque discurre oculto en la muesca que él mismo, al pié de la Sierra Morena, del escalón de la Meseta Ibérica, labra en el espesor de los sedimentos marinos del antiguo canal bético. La leve inclinación de la Campiña, desde las Sierras búbéticas, rebata al Guadalquivir contra la muralla de la Sierra Morena, como el Ródano es rebatido por los Alpes sobre la arista de los Cevennes. El gran río, al que Góngora saluda diciéndole Rey de los otros ríos caudaloso, serpentea en su propio cauce, y a sus ramalazos van cediendo los blandos terrenos campiñeces. En algunos parajes, como Marmolejo, Montoro, Pedro Abad, Villafranca, Alcolea, el Guadalquivir ha ahondado tanto su lecho que ha descubierto los espigones o tentáculos que la Sierra Morena emite, a modo de astillas que se dirigen hacia el Sudeste, como alineaciones hercinianas muertas que intentasen resucitar,

La angostura accidental del cauce, ha emparejado con la consiguiente aceleración de la velocidad de las aguas, y ambas cosas las ha aprovechado el genio humano: Mengemor ha construido el gigantesco salto del Carpio, preludio de la redentora obra de canalización del Guadalquivir, que un día habrá de devolver a Córdoba el rango de puerto del Atlántico que tuvo, como Lyon lo es del Mediterráneo, y Estrasburgo del Mar del Norte.

¿Qué es la Campiña cordobesa? Campiña cordobesa donde el trigo flamea—como lanzas doradas hacia el cielo tendidas—campo recio en la lucha con huestes aguerridas y perfumado y místico como el de Galilea. No es una superficie tan llana como las mesetas de Castilla, ni menos como la de la Mancha, donde el río Guadiana no ha logrado aún concentrar su red hidrográfica, que está todavía en la infancia. La Campiña cordobesa fué llana, como hoy la Mancha, en los remotos tiempos inmediatos al cegamiento del antiguo Canal bético. Su fondo constituiría entonces un istmo perfectamente llano que uniría a la Meseta ibérica todo el Sistema montañoso Bético. Las aguas fueron retirándose a partir de lo que hoy es provincia de Alicante y Murcia; el istmo fué alargándose, hasta llegar al litoral de Huelva y Cádiz en la actualidad. Hundimientos posteriores acaecidos frente a esta costa atlántica, de los cuales Platón nos ha legado la leyenda de la Atlantis, inspiradora de inmortales versos a nuestro Verdaguier, originaron la formación de rápidos cursos fluviales que, dando lugar a la génesis del actual Guadalquivir, determinaron la apertura de hendiduras y de valles mil en lo que hasta aquel momento era terreno tan suave y uniforme como todavía lo es hoy la Mancha: la Mancha es, pues, fiel imagen de cómo era la Campiña cordobesa en los tiempos en que la historia terrestre no registraba la aparición de su principal testigo: el Hombre.

La erosión que los ríos llevan a cabo complica la superficie de la sedienta campiña, corta en ella anfractuosidades, repechos, solanas y umbrías: como enorme cerebro, aumenta su superficie topográfica. Y así continuará el trabajo fluvial hasta que las aguas tributarias del Guadalquivir hayan escarbado tanto y tanto que las lomas queden rebajadas, suavizadas las pendientes, amortiguados los contrastes entre ellas y los barrancos: en fin, hasta que el relieve de la Campania se acerque, asintóticamente, es decir, sin llegar nunca a ser cero, es decir, a ser una llanura perfecta otra vez.

Una vez más hallamos coincidencias entre el Guadalquivir y el Ródano Suizo-francés: ambos ríos son reliquias de sendos canales o golfos marinos terciarios.

Los grandes pueblos campiñeses, de los cuales ya Salas Barbadillo, en su ya citada Peregrinación Sabia dice «que están tan bien poblados, que en otras provincias tuvieran título de ciudades», destacan, aquí y allá, con

sus blancos caseríos, separados por distancias enormes, de perniciosas consecuencias sociales, encaramados a leves mogotes, vigías y baluartes guerreros antaño, núcleos hoy de grandes aglomeraciones urbanas: Montilla, Aguilar, Fernán Núñez, Montemayor, Espejo, Bujalance, Porcuna, etcétera. Todas están a igual altura: entre los 350 y 400 metros, apoyándose sobre cerros que atestiguan el antiguo horizonte superior del fondo submarino. Cuando las aguas oceánicas se retiraron, hoces angostas cuartearon la planicie uniforme, y restos de las innumerables mesas—cuales las del terciario madrileño y alcarreño—son aquellos mogotes.

A lo largo del Guadalquivir se alinean poblaciones que, así como las campiñesas son de tipo agrícola, aquellas han sido de tipo guerrero, comercial, ganadero e industrial. Andújar, Marmolejo, Villa del Río, Montoro, El Carpio, Villafranca, Alcolea, Córdoba, Almodóvar, etcétera. Unas radican junto a los angostos pasos del Guadalquivir por entre las astillas de la Sierra Morena, aprovechando antiguamente la velocidad para mover los batanes, que utilizaban como materia prima la lana de las piaras que criaban las densas formaciones de encinas y monte bajo de la Sierra; otras se asientan sobre antiguas terrazas, restos del fondo del cauce que el río Guadalquivir ha ido ahondando en épocas de acelerada erosión: toda la parte moderna de la metrópoli cordobesa, hasta el Brillante, está edificada sobre un rellano, una terraza horizontal, cuyo otro resto, a la izquierda del Guadalquivir, y apoyado ya sobre terrenos campiñeses, está junto al puente del ferrocarril a Málaga. Contaríamos muchas terrazas de esta clase hasta Sevilla, cada vez más amplias.

Consideremos, ahora, la enorme mancha de olivar de la Campiña, extendiendo frenéticamente los tentáculos, año tras año, a expensas del cultivo cerealista. Salpicados entre los olivos, existen los importantes pagos vitícolas de Doña Mencía, Lucena, Los Moriles, Aguilar y Montilla, cuyos zumos, refinados en soleras seculares, son los exquisitos vinos dorados cuya fama se extiende por todos los ámbitos del mundo.

Bien podemos decir que la Campiña cordobesa, que por sus tierras negras es ráfaga fugaz del tschernozion cerealista ruso, por sus olivares y por sus viñedos reúne en sí algo de la Campania italiana y de la Champaña francesa, luminosa la una, brumosa la otra. Y bien podemos añadir también, para presentar otros aspectos de esta semblanza que insensiblemente está convirtiéndose en apología, que el Valle bético, ha sido teatro de trascendentales sucesos humanos, prehistóricos e históricos. Penetrando por el Bósforo hispano, por el Estrecho de Gibraltar, fué el Guadalquivir la ruta de los pueblos africanos y asiáticos; cerradas por los hielos cuaternarios las vías de acceso a la Europa central, el Valle bético fué cubil de donde irradiaron en la infancia de la Humanidad aquellos sublimes artistas a cuyo raquíptico bosquejo de neuronas cerebrales dió la naturaleza las

primeras vibraciones estéticas; como la Península Balcánica, en esa campiña superpusiéronse las civilizaciones de Grecia, de Roma, de Cartago y de Damasco.

Por dos veces aquí fué donde se dirimieron contiendas cuyo desenlace habían de tener tanta repercusión en la trayectoria del mundo: en los campos de Montilla, en las riberas del pequeño río de Carchena, quedó liquidada la guerra civil entre César y Pompeyo; por rara casualidad, aquel próspero pueblo cordobés había de ser mucho más tarde cuna del Gran Capitán.

El glacis mariánico ha sido el frente estratégico cuya dominación por los pueblos ibéricos autóctonos, aseguró a la larga el triunfo de sus armas sobre el poderío musulmán.

El valle bético vuelve a ser aún tablero de batallas en la epopeya napoleónica, cuyas águilas imperiales caen heridas de muerte aquí y en Rusia. Y casi de ayer es la batalla de Alcolea.

A pesar de tantos flujos y reflujos de pueblos que la Campiña bética ha visto en el transcurso de su larga historia, es notable el hecho de que el pueblo que la ocupa hoy día sea braquicéfalo, sin asomos de caracteres mediterráneos ni siquiera africanos. En confirmación de esta conclusión antropológica, al hablar Inurria, el escultor glorioso, de la mujer andaluza, especialmente la cordobesa, dice que ella y la mujer del norte de España, tienen más vigor, más fuerza y más relieve que la mujer castellana, desdibujada y como borrosa. El artista trataba de explicarse este fenómeno por la mayor independencia racial de la gente del Norte y por la exigencia histórica de la Reconquista, que hizo que Castilla diera a Andalucía, como había de dar a América, la superior contribución de sus mejores gentes para la guerra con el moro. La aristocracia castellana fué a Andalucía. La gloria de la Reconquista la adscribió a aquella tierra y los patrimonios de regia merced concedidos la vinculó definitivamente. Eso explica que se vean todavía en Andalucía y especialmente en Córdoba perfiles tan romanos que se dirían escapados de cualquiera de las monedas de la época que surgen por doquier en cuanto ahonda la reja de arado.

Y termino esta lectura para vosotros fatigante ya. Mi torpe pluma no acierta a borrar el efecto de ella con palabras de discreto acierto. Prefiero acabar con éstas del poeta:

Salve, gloria inmortal de la Poesía,
Flor que en el agua del Genil se baña,
Salve, rayo de sol, Andalucía.
Salve, encendido corazón de España.

